

Acerca del paradigma de sentido del hombre actual

(mayo del 68 y hoy)¹

Jorge Acevedo
Universidad de Chile

Comparar dos momentos históricos es, por cierto, difícil. ¿Qué pasó en mayo del 68? ¿Qué pasa ahora? Ortega, dedicado con frecuencia a hacer diagnósticos históricos, advierte que “la pura verdad es que en el mundo pasa en todo instante y, por tanto, ahora, infinidad de cosas. La pretensión de decir qué es lo que ahora pasa en el mundo ha de entenderse, pues, como ironizándose a sí misma. Mas por lo mismo que es imposible conocer directamente la plenitud de lo real, no tenemos más remedio que construir arbitrariamente una realidad, suponer que las cosas son de una cierta manera. Esto nos proporciona un esquema, es decir, un concepto o enrejado de conceptos. Con él, como a través de una cuadrícula, miramos luego la efectiva realidad, y entonces, sólo entonces, conseguimos una visión aproximada de ella. En esto consiste el método científico. Más aún: en esto consiste todo uso del intelecto”³. Hecha esa advertencia, podemos seguir, sin temor de que se asigne a nuestras consideraciones un alcance desmedido, y habiendo puesto delante una clave del método que usamos⁴.

¿Lo que ocurrió en París en mayo del 68 fue una revolución? Si lo fue, ¿cómo entenderla dentro de las teorías acerca de las revoluciones? ¿Qué acontece hoy en Santiago de Chile? ¿Podemos establecer vínculos significativos, de diferencia o semejanza, entre la situación de París en 1968 y la de Santiago en agosto de 2001? ¿Puede arrojar luz esa comparación sobre el paradigma de sentido del hombre actual? Me parece que sí. Es la conclusión a la que llegué después de haber revisado algunos escritos sobre mayo del 68, sus famosos *graffitis* y las posibles interpretaciones de

los hechos que es posible hacer desde el pensamiento de filósofos que me son próximos, como Sartre, Ortega y Heidegger.

En el tomo VIII de sus *Situaciones* –titulado *Alrededor del 68*–, Sartre estima que el movimiento estudiantil de mayo fue, sin lugar a dudas, revolucionario. No obstante, según él, solo fue el detonador de una revolución, pues, para Sartre –que, en lo que a esto atañe, sigue a Marx–, ésta “solo será hecha por el conjunto de las clases trabajadoras: obrera y campesina”⁵. Pero Sartre no se detiene en las clases sociales o económicas. Va más allá, al hacer notar la importancia de *los jóvenes* –estudiantes u obreros–, en la dinámica de los acontecimientos. Al llamar la atención sobre el hecho de que lo sucedido en París repercutió fuertemente en otros lugares, señala que los estudiantes y los *jóvenes* obreros polacos, checoslovacos, yugoeslavos, franceses, alemanes –que viven bajo regímenes muy diferentes–, “ya no quieren que su existencia dependa del objeto que producen o de la función que llenan, sino decidir ellos mismos qué es lo que van a producir, qué utilización se hará de ello, qué papel van a desempeñar en la sociedad. Son los estudiantes quienes *sintieron* y formularon eso primero, pero tuvieron suficientes contactos, a pesar de todo, con *jóvenes* obreros como para que éstos se dijeran: ‘¿Por qué no nosotros? Si esos tipos rechazan la vida que se les da hecha, ¿por qué no rechazaríamos la nuestra?’ Tengo el acendrado *sentimiento* de que ese rechazo de la condición proletaria por *los jóvenes* ha sido la novedad más importante de todo lo que pasó en mayo”⁶.

Por tanto, Sartre introduce en el análisis, como factor decisivo, las clases de edad, las generaciones históricas⁷. No le bastan como categorías interpretativas aquellas que se refieren a las clases sociales y a las clases económicas. Moviéndose en esta línea, increpa a las generaciones maduras y, en cierto modo, se descalifica a sí mismo en cuanto pertenece a ellas. Dice: “Padres: no lo olviden: sus hijos son su único porvenir. Depende de ustedes que los masacren [...] en nombre del humanismo, que ellos los dejen hundirse a ustedes, generación perdida, en el negro agujero que los espera, en el olvido, o que los salven de la nada: porque ustedes no se salvarán solos, se los digo. Retengan, en todo caso, que si sus hijos son revolucionarios es porque las cobardías de ustedes han hecho su destino. Ellos no se lo explicarán [a ustedes]; la palabra ha explotado en mayo, ellos se emborracharon de palabras, ya no tienen nada que decir a esos niños [*enfants*] endurecidos, podridos, asesinados a quienes llaman adultos. Nosotros [se] lo explicaremos [a ustedes]. Nosotros, ¿quiénes? Algunos adultos menos pútridos o más conscientes de su putrefacción”⁸.

La teoría generacional de Ortega podría ser útil para comprender mayo del 68. Pero antes de hacer algunas consideraciones desde su perspectiva, quiero dar mi opinión sobre el planteamiento de Sartre, mezcla de lucidez y ceguera.

Muestra gran perspicacia al concederle a la edad la importancia que tiene en los movimientos históricos.

También es perspicaz al hacer notar que la rebelión ocurre tanto en el occidente de Europa –Francia, Alemania–, como en Europa oriental, zona de influencia de la Unión Soviética (Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia).

Es lúcido al poner una *sensación* o *sentimiento* como chispa que dispara el movimiento estudiantil. El movimiento no fue la mera puesta en práctica de una doctrina puramente intelectual preexistente, sino que, lejos de eso, nació –parafraseando a Freud–, de una *malestar* en la colectividad, de una profunda insatisfacción del puesto del hombre en el *aparato productivo*.

Me parece, sin embargo, que es injustificadamente severo con las generaciones maduras. En mi opinión, no es aceptable que se las condene calificándolas de cobardes y pútridas. Entre otras causas –y me pongo en el punto de vista de Sartre para decir esto–, porque los obstáculos que había que vencer para lograr una genuina liberación del hombre, una humanización efectivamente propia de él, no eran solo el gaullismo, la empresa privada, la renuencia a hacer concesiones de las clases más poderosas o la inflexibilidad de una burocracia pseudosocialista obtusa (a esta lista se puede agregar otra serie de fenómenos de índole semejante). En la base de la situación histórica que se vivía –y que seguimos viviendo–, estaba –y está–, el predominio de la esencia de la técnica moderna⁹, el imperar del poderoso principio de razón¹⁰, como ha indicado Heidegger. Frente a ese predominio y a ese imperar, la voluntad humana –individual o de grupo, personal o colectiva–, puede poco: el puro querer del hombre se estrella ante ellos. No es pertinente hablar de la cobardía y de la putrefacción de las generaciones cuando nos movemos en el nivel más radical del acontecer histórico.

Sartre pudo haber sabido lo que acabo de señalar, directamente o a través de Marcuse, cuyo libro *El hombre unidimensional* impactó, al parecer, a muchos jóvenes de mayo del 68. Esta obra se inspira parcialmente en la meditación de Heidegger acerca de la técnica, a la que Marcuse –antiguo discípulo del filósofo de Friburgo–, se refiere en el libro indicado¹¹.

Pero Sartre había dejado de leer a Heidegger, o ya no lo entendía bien. En cuanto a Marcuse, estaba en desacuerdo con él en puntos clave. Lo consideraba representante de un pesimismo revolucionario carente de validez¹².

Con todo, Sartre reconoce que se está viviendo en “el reino de la tecnocracia”¹³. Sin embargo, no otorga a esa tesis, ni de lejos, el alcance que hubiera tenido en el contexto de la meditación heideggeriana sobre la era técnica, nuestra época. Ni siquiera puede subrayar, por tanto, que, más allá de sus diferencias, las naciones occidentales y las del socialismo real, de cuño soviético, coinciden en una dimensión decisiva: existir bajo la impronta de la tecnología –el señorío de la esencia de la técnica moderna–, con el cúmulo de relevantes consecuencias que eso implica¹⁴.

